

RECENSIONES

JOAN W. MOORE: *Los mexicanos de los Estados Unidos y el Movimiento Chicano*. Fondo de Cultura Económica. México, 1972, 296 pp.

Aunque sea sobradamente conocida la realidad de que dentro de los Estados Unidos de Norteamérica existen grandes núcleos de habitantes que presentan radicales diferencias étnicas, religiosas o culturales respecto a los núcleos predominantes de estructuras anglosajonas, dicha realidad no siempre se aprecia en todo su significado, porque su examen suele limitarse a casos sueltos que van señalando la actualidad del momento o las conexiones con la política mundial. Por ejemplo, cuando las más detalladas y frecuentes informaciones o glosas sobre las peripecias y las crisis en la vida de la población negra no sólo se acentúan, en vista de sus perfiles violentos, sino por los recuerdos de la guerra de Secesión en el pasado o por las repercusiones que la «política negra» llevada desde Washington puede tener respecto a las relaciones internacionales entre los Estados Unidos y los países del llamado «Tercer Mundo». (Sobre todo con los jóvenes Estados negro-africanos.)

La existencia, como otro enorme núcleo humano especial dentro de lo estado-unidense, de un gran número de judíos, que casi se acerca a la mitad del total de los judíos de todo el mundo, es otro factor que se tiene en cuenta respecto a muchos aspectos, como, por ejemplo, las influencias de dichos judíos norteamericanos respecto a los problemas de Israel y el Cercano Oriente. En ambos casos (el negro y el judío) se trata de gentes cuyos ascendientes llegaron desde afuera (África tropical o Europa occidental y centro-oriental), cuando el núcleo fundamental de los Estados Unidos ya se había creado en torno a Washington. Algo semejante han sido, en menor escala, los casos de las colectividades de orígenes italiano y chino. Pero es muy diferente (y en parte históricamente superior) la posición legal y moral de las poblaciones que estaban en los Estados Unidos antes de que los Estados Unidos se fundasen. Es decir, los indios tribales de la cuenca del Mississippi, y los hispanos o indohispanos del extremo sur o del extremo oeste.

Respecto a los hispanos en general, sabido es que la denominación se aplica tanto a las personas originarias de la misma España como de los países hispanoamericanos; especialmente de México y las Antillas. Esto vale lo mismo para que quienes conservan sus nacionalidades de origen como para quienes nacidos en Estados Unidos o procedentes de antiguas familias en los Estados Unidos poseen oficialmente la nacionalidad de este país. En todo caso, los núcleos más numerosos de los referidos hispanos

RECENSIONES

se distinguen por el uso general del idioma español, sea a la vez que el inglés o exclusivamente en grandes sectores. Sabido es también que su número total es muy difícil de precisar, por razones de movilidad y variaciones en la clasificación. El cálculo mínimo actual es de nueve millones y medio, pero el máximo puede llegar hasta los veinte millones. La cifra media más posible pasa de doce millones. De ellos, los de orígenes mejicanos o hispanomejicanos son por lo menos siete millones setecientos mil, y la parte mayor de éstos son los que también se citan con el mote de *chicanos*.

El uso generalizado de la palabra *chicano*, como denominación vulgar de los individuos y las masas de orígenes mejicanos en el sudoeste de los Estados Unidos, es relativamente reciente. En un sentido estricto inicial comenzó a llamarse chicanos a las personas nacidas en el territorio estadounidense, pero de ascendencia mejicana. Esto era porque un gran número de ellos procedían de afluencias de trabajadores rurales llegados desde la zona de Chihuahua, donde *chicano* era un localismo. Tanto estos *norteamericanizados* forzosamente por la nacionalidad como los que conservaban la mejicana de origen preferían llamarse o ser llamados *hispanos*, en recuerdo de que el actual Sudoeste estadounidense comenzó por ser *hispano* cuando formaba parte del Virreinato de Nueva España, y luego de la República de México. Sin embargo, al cabo de una acelerada evolución, la palabra *chicano* se ha convertido en galardón y consigna del movimiento reivindicador de los derechos de los trabajadores, que acaudilla César Chávez.

En este tiempo en el cual la personalidad de los hispanos del Sudoeste y el porvenir del movimiento chicano se encuentran en una encrucijada de tensión y del máximo interés, resulta sumamente útil y de gran valor orientador tener en cuenta la exposición de una personalidad anglosajona, serena y bastante objetiva. Se trata de Joan W. Moore. El propósito del libro que escribió y publicó en 1970 (bajo el título de *Mexicans Americans*) fue el de realizar una síntesis cuidadosa que resumiese los antecedentes más importantes del tema, así como un esbozo de las más recientes investigaciones efectuadas.

Para reunir la mayor cantidad de datos y poder luego definir todas las perspectivas posibles, tomaron parte activa (tanto para aportar testimonios como para intercambiar puntos de vista) tres grupos de mejicano-norteamericanos y de anglos. Un grupo procedente de la Universidad de California en Riverside. Otro grupo fue de testimonios de hispanos representativos en varias partes del Sudoeste. El tercer grupo fue el de dos mil personas que respondieron a una encuesta especial hecho en Los Angeles, San Antonio y Alburquerque.

En cuanto al conjunto de las principales facetas del problema *hispano* general, y del *chicano* en particular, los temas fueron reunidos en ocho conjuntos sucesivos. El primero sobre el papel de quienes Joan W. Moore denomina *mexicanos norteamericanos* en la vida de los Estados Unidos. El segundo sobre la historia de los mejicanos y oriundos de mejicanos en el Sudoeste desde 1900. El tercero sobre los orígenes de la diversidad y sus varias formas de manifestarse en los diversos Estados fronterizos, así como las cuestiones de la inmigración. Cuarto sector del estudio es el que traza el perfil de la existencia diaria, el trabajo y la educación de la población *chicana*, así como los efectos de la pobreza y la injusticia de la marginación social.

RECENSIONES

Sigue el análisis del papel que desempeñan las instituciones de la legislación estadounidense respecto a la calificada como «experiencia mexicana». Por ejemplo, las cuestiones religiosas, escolares, etc. Después, los problemas de las familias y la comunidad, en la estabilidad y los cambios, tanto en las poblaciones agrícolas como en las grandes ciudades. A continuación, los temas del idioma y la cultura. Por último, las perspectivas sobre política, desde las de la adaptación hasta las de la resistencia.

Entre todo ello el libro de Joan W. Moore dedica una atención muy especial al movimiento de la protesta chicana organizada; es decir, del movimiento chicano propiamente dicho. Se originó en el sur de California el año 1966, y ya se ha convertido en algo que puede ser definido como «una nueva fuerza incisiva» para la expresión de los habitantes hispanos del Sudoeste estadounidense. Su origen fue sólo ideológico e intelectual, al surgir en la Universidad de Loyola, en Los Angeles, entre un grupo de jóvenes estudiantes mejicanos de clase media. Desde 1969 ese impulso intelectual se extendió por las demás universidades hasta que llegó a Texas, donde se creó la *Mayo* (Organización Juvenil Mexicano-Norteamericana). Una tercera etapa fue la social alrededor de la «Unión de trabajadores agrícolas», con su centro en California.

Respecto a las trayectorias políticas, Joan W. Moore dice que de hecho la aparición chicana representa un fenómeno revolucionario, enfocado sobre las experiencias directas de la vida del oriundo mejicano y de la situación colectiva. En ese sentido se subraya que los dirigentes chicanos parten de la premisa de que (lo mismo que los negros y que los descendientes de las tribus indias de las praderas) los mejicanos viven en los Estados Unidos bajo presión, como gentes conquistadas y discriminadas, y que la prueba es que se les prive de la propiedad privada y comunal, teniendo que trabajar para gentes ajenas a ellos. Cuando al mejicano del Sudoeste se le expulsó de sus tierras y sus hogares, se le obligó a convertirse en un trabajador asalariado, sin raíces de ninguna especie.

La versión de la obra de Joan W. Moore, hecha y publicada en Méjico, y traducida por Alfredo Cuéllar, resalta en su contraportada los mismos factores del proceso que convirtió a los habitantes originarios del Sudoeste en minorías despreciadas y bajo estados de carencias económicas y culturales. Pero al mismo tiempo se elogia el buen sentido de la autora, al apoyar sus penetrantes conceptos en unos criterios que, esforzándose por ser imparciales, abren varios interrogantes muy precisos para temas de futuros desarrollos.

Al final del libro queda subrayado como uno de los aspectos más agudos de la crisis de los hispanos en el extremo occidental de los Estados Unidos, el de que su doble personalidad (y a veces doble cultura) no suele constituir un factor que junte y funda dos grupos de valores. Por el contrario, gran parte de los contrasentidos y las incompatibilidades existentes se deben a que el chicano es el más distanciado de los grupos distanciados dentro de la sociedad norteamericana. Pues no sólo se sienten ajenos a ella, sino que han quedado también separados de la corriente principal de la historia mejicana, y simultáneamente sienten sentimientos de culpabilidad por pertenecer a dos culturas y a ninguna, por ser «ni de aquí ni de allá», como ellos dicen. Joan W. Moore encuentra ante esto lógico que los chicanos traten ahora con

RECENSIONES

urgencia de reconstruir su historia hispana, su sentido de identidad y el respeto a lo que ellos llaman *su raza*.

En los años posteriores a aquel en que el libro fue escrito se ha demostrado también que los mejicanos minoritarios del Oeste puedan actuar positivamente dentro de la vida plurinacional de los Estados Unidos, siempre que sean tratados en pie de igualdad y de recuperación de todos sus derechos, tanto humanos como de nivel de vida, trabajo, enseñanza, etc. En febrero de 1973, con ocasión de la huelga de los obreros rurales mejicanos en California, sus portavoces respondieron a unos enviados informativos llegados desde Madrid que para ellos lo esencial era la unión entre todos los chicanos mismos y el respeto equitativo por parte de sus vecinos o conciudadanos de antecedentes anglos, o sea recobrar los derechos plenos de quienes fueron y se sienten los primeros pobladores o primeros ciudadanos del territorio en que habitan.

RODOLFO GIL BENUMEYA

G. PALOZZI HORVATH: *Mao Tse-tung*. Editorial Noguer, S. A., Barcelona-Madrid, 1972, 414 pp.

Dentro de la amplia serie de biografías de carácter sociopolítico que se han escrito sobre Mao Tse-tung, la que debemos a Palocz Horvath es una de las más afortunadas. La objetividad con la que se narran la mayor parte de los hechos que han resultado ser decisivos en la vida del líder de Pekín hacen de este libro algo mucho más importante que un eficaz instrumento de consulta, a saber: estamos en presencia de un documento profundamente humano. La calificación de *humano* no significa, sin embargo, que el autor haya olvidado o silenciado aspectos tan esenciales como los estrictamente sociales, políticos y económicos vividos por Mao Tse-tung. Pocos hombres de gobierno han tenido una existencia tan sugestiva y desdoblada —la vida privada y la vida pública—. La mayor parte de la obra, que, en efecto, es voluminosa y muy rica en estimaciones filosófico-políticas, está consagrada al análisis de las principales razones por las que se ha dicho, afirmación polémica en toda la extensión de la palabra, que «el pensamiento de Mao Tse-tung es el marxismo-leninismo de la época en que el imperialismo se precipita hacia su ruina total y el socialismo avanza hacia la victoria en el mundo entero».

La vida sociopolítica de Mao Tse-tung ofrece, como es bien sabido, tres etapas radicalmente concretas: *La Gran Marcha*, *Las Cien Flores* y, consecuentemente, la ya célebre y clásica *Revolución Cultural*. Estas tres etapas, de contenido antagónico incluso, han dado lugar a que la figura de Mao Tse-tung aparezca nimbada por cierta aureola de leyenda muy difícil de precisar. No nos sorprende en absoluto que el autor de estas páginas subraye, a las pocas líneas de iniciado, que, efectivamente, desde 1926 Mao Tse-tung ha sido una de las figuras más discutidas del movimiento comunista chino. Las grandes agencias de noticias empezaron a mencionarle en 1927, después que Chiang Kai-shek hubo renunciado a la alianza del Kuomintang con el comunismo, haciendo ejecutar a varios líderes comunistas y obligando a los demás a esconderse.

RECENSIONES

Algunos de estos cabecillas vivían clandestinamente en las poblaciones costeras, mientras que otros —entre ellos el propio Mao— huían a las provincias, donde organizaban ejércitos rojos de campesinos y erigían pequeños principados comunistas, llamados *bases soviéticas*.

El autor destaca, con sumo cuidado, lo que él denomina como la *metamorfosis* comunista del líder de Pekín. Y, en verdad, no le falta la razón, puesto que, juicio que emite en otra parte del libro que suscita nuestro comentario, desde su acceso a la jefatura militar, política y teórica de la China Roja, la imagen comunista de Mao ha cambiado varias veces. En el período de 1934 a 1944-45, Mao fue el símbolo y quintaesencia del hombre vulgar; el servidor del pueblo; el militar que vivía, comía y vestía como cualquier soldado raso; el estudioso y erudito de gustos sencillos; el representante de las masas que se mezclaba liberalmente con campesinos, soldados y toda clase de gentes; el jefe de un Estado combatiente, cuya vida era un libro abierto. Mao fue profusamente fotografiado: alto, flaco, embutido en un raído uniforme de algodón, indistinguible del resto de sus tropas. Durante este tiempo vivió en su cueva de Yenán o en moradas sumamente sencillas, con su tosca mesa de madera cubierta de libros. Cuando su trabajo como jefe del Gobierno y del Partido terminaba, se retiraba a «proseguir sus estudios», leyendo y fumando un cigarrillo tras otro hasta el amanecer. Hacia finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando la dominación sobre la totalidad del imperio chino dejó de ser para los comunistas una quimera para convertirse en una no lejana posibilidad, la imagen comunista de Mao también cambió. El «hombre del pueblo» empezó a adquirir unas legendarias proporciones sobrehumanas. Ya en nuestros días, innecesario es el detenernos en este extremo, su figura ha alcanzado dimensiones realmente extraordinarias: «Mao Tse-tung —se ha dicho— es el más grande teórico, pensador y revolucionario de China... Mao puede ser ciertamente considerado un genio como nunca ha existido en la historia de China... es el más auténtico y perfecto representante del pueblo chino y un jefe de los pueblos del mundo.»

De todas formas, sí parece justo que evoquemos un rasgo que con alguna frecuencia se olvida en nuestro tiempo: que Mao es un pensador profundo. Mao Tse-tung —poeta, periodista, teórico del marxismo y experto militar— ha escrito mucho. Aparte de los cuatro volúmenes de sus *Obras selectas* oficiales, podemos estudiar sus alocuciones en los congresos del Partido y consejos militares, así como sus conferencias, por no mencionar sus múltiples artículos periodísticos y discursos. Algunos de sus libros, artículos y discursos pueden ser estudiados en dos o más versiones: tal como fueron escritos o dichos originariamente, y tal como fueron *editados* en diversas fechas posteriores.

Es importante analizar todos esos escritos, piensa el autor de estas páginas, por una sencilla razón: por el hecho de que, efectivamente, las declaraciones de Mao sobre los móviles y resultados de sus actos pueden contrastarse con diversos relatos objetivos de los mismos. La prensa comunista china difirió considerablemente, al menos durante varios años, de su colega soviética. Los diarios de Pekín y de las demás ciudades de provincias brindan abundantísimo material digno de crédito. Repasando la prensa aparecida durante el famoso período de las *Cien Flores*, por ejemplo, puede

obtenerse una imagen de todos los aspectos de la tiranía de Mao mucho más real que la que generalmente se conoce en Occidente. Durante la primera década del régimen de Mao —nos dice el autor— la opinión pública mundial conoció, por regla general, dos versiones diametralmente opuestas acerca del dictador chino. Según una, Mao era un verdadero continuador de los grandes emperadores-eruditos, revolucionarios-soñadores y guerreros-poetas chinos; mientras que la otra le describía como un déspota inhumano que asesinaba a millones de seres en un vano esfuerzo para imponer sus anticuadas doctrinas. Frente a informes tan contradictorios como éstos, resultaba difícil decidir si la revolución comunista en China, dirigida por Mao, había sido el más portentoso acontecimiento del siglo o tan sólo un intermedio de padecimientos inútiles de la masa, pronto a ser olvidados en el milenarismo flujo y reflujo de la historia china.

Independientemente de que la figura de Mao haya sido trascendente o no para la China, lo que sí resulta innegable es que, quiérase o no, el líder de Pekín tuvo que luchar con el pasado histórico de su propio pueblo. Para Mao, justamente, fue una emocionante experiencia descubrir que podían existir otros supuestos básicos sobre la naturaleza y fines del hombre y de la sociedad distintos de los que habían regido en China durante miles de años. En la China confuciana se daba absolutamente por sentado que no todos los hombres habían sido creados iguales. Los *derechos inalienables* de la personalidad con que su creador había dotado a los extranjeros constituían un principio muy difícil de asimilar. El «Gobierno del pueblo por el pueblo» era una máxima muy atractiva, pero un detenido examen de la misma revelaba una serie de elementos anómalos y perniciosos. Parecía erróneo, impracticable y perturbador que el Gobierno dependiera del consentimiento del pueblo, con su gran variedad de convicciones contradictorias. Evidentemente existe un solo modo correcto de hacer las cosas; éstas tienen un solo orden y sentido correctos. El grupo gobernante profesional tiene que poseer este conocimiento correcto. El Estado, naturalmente omnipotente, tiene que imponer la doctrina correcta. Incluso de acuerdo con el nuevo saber de los occidentales, no pueden existir dos soluciones correctas para un problema matemático o físico. Esta solución correcta única tiene que ser hallada e impuesta también en lo político. Asimismo resultaba difícil acostumbrarse a la idea occidental de que todos los Estados son igualmente soberanos, independientemente de su antigüedad, extensión e importancia. Era intrínseco al orden natural de las cosas que los Estados más pequeños y menos importantes habían de depender de los Estados grandes y poderosos. La historia de los países occidentales estaba llena de ideas y conceptos exóticos, tales como *libertad*, palabra de la que ni siquiera existía equivalente en el idioma chino. Cuanto más se escuchaban las explicaciones y descripciones de la *libertad*, tanto más confuso quedaba el oyente. Algunos maestros la equiparaban a la frase china que significaba *licencia ilimitada*, mientras otros decían que era tan importante como *riqueza* o *abundancia*.

Dedica el autor no poco espacio a examinar con escrupulosidad poco habitual en esta clase de libros los pormenores de la existencia de Mao y dedica una atención suma a lo que podríamos considerar la ebullición natural de sus dotes de elegido de los dioses. Tras no pocos avatares, señala el autor, su gran oportunidad —esa oportu-

RECENSIONES

tunidad que de alguna manera todos los hombres tenemos en el curso de la existencia y que casi siempre todos desechamos inconsecuentemente— llegó cuando las noticias del levantamiento del Cuatro de Mayo provocaron la natural efervescencia en Changsha. Inmediatamente Mao asumió el papel de jefe estudiantil. Disponía de una organización —la Sociedad de Estudios del Nuevo Pueblo— que había ganado muchos adeptos desde su regreso, podía hablar de sus relaciones con los dirigentes del movimiento de la Nueva Corriente y tenía aptitudes periodísticas. La gente prescindía de que Mao tuviese tan sólo estudios de segunda enseñanza, y consideraban a aquel joven de veintiséis años como un maduro radical. Fundó la *Revista del Río Hsiang* como órgano de los estudiantes revolucionarios de Hunan y pronto empezó a ser conocido como editor y articulista en los círculos revolucionarios. El editor de *Nueva Corriente*, de Pekín, calificó la revista de Mao como una de las cinco o seis mejores de toda China, considerándola a la altura de la famosa *Nueva Juventud* y del importante *Semanario Crítico*. El artículo editorial de Mao en su primer número, titulado «La Gran Alianza del Pueblo», en el que abogaba por la unificación de todas las organizaciones radicales de estudiantes, obreros, comerciantes e intelectuales, tuvo verdadero influjo en la China meridional. Mao fue también cofundador de la *Librería Cultural*, de Changsha, para la venta de periódicos, libros y folletos extremistas. A partir de entonces, Mao adquirió cierto prestigio en la política nacional como uno de los jefes revolucionarios de la extensa e importante provincia de Hunan. Sus organizaciones atacaron al *tukiun* de Hunan, pidieron su deposición y enviaron delegaciones a Pekín y al doctor Sun Yat-sen, que se hallaba en el Sur, en demanda de apoyo. Tras una huelga estudiantil en protesta contra «el señor de la guerra», la revista de Mao fue prohibida.

Es curioso, y así cabe registrarlo, que Mao no haya querido hablar casi nunca de los orígenes del marxismo maoísta. Mao y muchos de los intelectuales, se nos indica en este libro, que desde el primer momento intervinieron como cofundadores y miembros iniciales del Partido Comunista Chino, levantaron siempre una curiosa cortina de humo en torno a los orígenes del movimiento comunista chino. Contrariamente a la realidad de los hechos, se esforzaron en demostrar que la futura jefatura comunista había sido primeramente convertida al comunismo por las grandiosas revelaciones intelectuales del marxismo-leninismo, y que solamente después de llegar a ser marxista convencidos habían procedido a fundar el Partido. En realidad, entre los diversos factores que les llevaron al comunismo, el más decisivo fue el conocimiento de los métodos y técnicas a través de los cuales los comunistas habían alcanzado y conservado el poder. Las noticias de la revolución rusa, aunque vagas, fueron jubilosamente acogidas por los intelectuales chinos. Sun Yat-sen se mostró satisfecho de que «ciento cincuenta millones de rusos se hubiesen separado de los blancos y desaprobasen los abusos de la raza blanca» (Cuarta Conferencia). Pero tanto él como los intelectuales radicales, que apenas sabían nada de las teorías comunistas, sólo empezaron a prestar atención a Rusia cuando, unos tres años más tarde, comprobaron que el régimen revolucionario soviético parecía seguir afianzado en el poder.

Existe, cuando menos, una primera explicación para aclarar el fenómeno al que nos venimos refiriendo, a saber: que desde los primeros momentos Mao se sintió profundamente nacionalista y, consecuentemente, se desinteresó conscientemente por todo

RECENSIONES

aquello que acontecía fuera de China. En oportuna ocasión subrayó lo siguiente: «Si queremos salvar a China, si deseamos que la raza china sobreviva para siempre, hemos de predicar el nacionalismo... ¿Cuál es la posición actual de nuestra raza en el mundo? Si comparamos todas las razas existentes, vemos que la nuestra es la más numerosa, la más grande, que nuestra civilización data de más de cuatro mil años... Pero... nuestra posición actual es extremadamente peligrosa. Si no promovemos el nacionalismo y fundimos estos cuatrocientos millones de habitantes en una raza sólida, China se enfrentará con la tragedia de quedar destruida como nación y extinguida como raza.»

También la revolución maoísta se asentó sobre una clase social determinada, a saber: la clase campesina. Mao, siempre intuitivo, entendió que toda revolución sociopolítica tiene que estar apoyada por una clase. Suya es la siguiente frase: «los campesinos pueden mostrarnos el camino a seguir». «El incremento del actual movimiento campesino es un acontecimiento colosal. Dentro de muy poco... varios cientos de millones de campesinos se alzarán como un tornado o una tempestad, con una fuerza tan extraordinariamente rápida y violenta, que ningún poder, por grande que sea, podrá contenerlos... Enviarán a sus tumbas a todos los imperialistas, "señores de la guerra", funcionarios corrompidos, déspotas locales y demás malagente. Todos los partidos revolucionarios y todos los camaradas revolucionarios se encontrarán frente a ellos para ser probados... ¿Marcharán a su cabeza y los guiarán? ¿Irán tras ellos, gesticulando y criticándolos? ¿Los atacarán como enemigos?» Es muy posible que la aureola con la que hoy se ha mitificado la figura de Mao provenga de su clara inclinación a defender los derechos de la clase anteriormente citada. No olvidemos, y muy concretamente se nos recuerda en las páginas de este libro, que, por ejemplo, Stalin y sus agentes del Comintern en China inducían a los jefes comunistas chinos a ir tras los campesinos, gesticulando y criticándolos, e incluso a veces atacándolos. Mao, en cambio, decidió marchar a su cabeza. Y esto encierra una mayor importancia de la que, desde luego, a primera vista parece: «Muerto Lenin comenzó la lucha por el poder entre Stalin y Trotsky. Trotsky abogaba por la revolución mundial, y Stalin por «el socialismo en un solo país». Trotsky se oponía a la alianza entre los comunistas y el Kuomintang, mientras que Stalin la apoyaba casi fanáticamente. Trotsky quería que se estableciesen soviets en China, pero Stalin no estaba conforme con ello. Muchas veces, la actitud de Stalin en diversos asuntos relativos a China se hizo más rígida por el solo hecho de que Trotsky la atacaba. Todo esto formó parte del medio ambiente en que se desarrollaron las actividades de Mao durante la década 1924-1934. Pero el principal telón de fondo lo constituyó la marejada de la gente del campo, que reaccionaba contra la guerra civil, los golpes de Estado, las matanzas, las huelgas, el hambre y la anarquía suicida, con oleadas de inquietud cada vez mayores y más peligrosas. Mao presintió el enorme poder de estas olas y se dispuso a cabalgar sobre ellas.»

Es muy posible, además, que—cosa que ya hemos señalado anteriormente—Mao haya sido uno de los pocos líderes que mejor conocieron a Stalin: «Mao Tse-tung, a quien siempre había preocupado intensamente el poder político, comprendía perfectamente la extraña conducta de Stalin. Este, antes que alentar el nacimiento de otras

RECENSIONES

potentes naciones comunistas, quería por encima de todo consolidar su dictadura en la URSS y fortalecer su propio país. De existir otros países comunistas, la oposición stalinista podría pedir ayuda a sus jefes. Es decir, Stalin no era antichino ni antin ninguna otra nación: simplemente quería seguir siendo el número uno en el comunismo mundial. A los ojos de Stalin, la revolución china y todas las demás tenían una sola misión: ayudar a la URSS y debilitar y acosar a los enemigos de ésta. Mao sabía que no podía contar con ninguna ayuda. Si quería llevar la revolución roja a la victoria, habría de abrirse camino hasta la cima por sus propios medios. En su celda monacal, aislado de su familia y de sus compañeros intelectuales, Mao leía a los clásicos, meditaba sobre problemas tácticos y estratégicos o, cogiendo el pincel, escribía poemas. Curiosos poemas, por cierto. Escritos en el estilo clásico, reflejaban la calma olímpica de un paciente caudillo seguro de la victoria.»

Mao, pues, siempre ha sabido lo que realmente quería. Por eso mismo aseguran con cierto matiz dogmático los principales autores que se han ocupado de su pensamiento —y muy especialmente el autor de estas páginas que comentamos—, «como teórico del comunismo, Mao Tse-tung no fue desviacionista. Incluso durante los años de la revolución campesina, Mao insistió en que su propósito era establecer un Estado comunista basado en la industria pesada y en la jefatura del proletariado. Mao fue atacado por los dogmáticos a causa de los procedimientos poco ortodoxos mediante los cuales pretendían alcanzar los más ortodoxos fines comunistas. Pero como miembro y funcionario del Partido Comunista, ciertamente fue un desviacionista, por la sencilla razón de que no obedeció las instrucciones del Comintern y de los superiores de su Partido. No solamente no siguió al pie de la letra la línea del Partido en cada momento, sino que, por el contrario, se opuso a ella activamente. Nada tiene que ver que los acontecimientos le dieran la razón; lo cierto es que durante un largo período desobedeció. El Comintern había decidido que los comunistas chinos no podían aplastar a sus enemigos "con las solas fuerzas de los guerrilleros de las aldeas y pequeños distritos chinos". Mao no hizo caso de esta decisión. El Comintern dio instrucciones a los comunistas chino para que se concentrasen en las ciudades y lanzasen el asalto decisivo contra el capitalismo mediante la revolución obrera. Mao puso en práctica, con éxito, su teoría de que los comunistas podían alcanzar el poder mediante la revolución campesina. Desde el momento en que el Comintern rechazó su teoría, Mao no tan sólo fue un miembro desobediente del Partido, sino también un teórico hereje».

Una evidente verdad, por lo tanto, la constituye el hecho de que Mao jamás llegó a contar con la simpatía de Stalin. En efecto, se nos advierte en estas páginas, al comenzar la Larga Marcha, Mao Tse-tung no gozaba, desde luego, del favor de Stalin. Desde 1931 había sido siempre mencionado en Moscú como uno de los jefes de los soviets chinos, pero nunca como posible jefe del Partido. En la época de la Larga Marcha no era ni siquiera miembro del Politburó chino, por lo que, en principio, tenía muchos superiores en el Partido. Durante la Larga Marcha, su posición de jefe del Gobierno chino también se vio amenazada. El era el presidente del Comité Ejecutivo Central de la República Soviética China, que abarcaba unas quince bases soviéticas. Pero el vicepresidente, Chang Kuo-t'ao, jefe del Cuarto Ejército, era, además, un superior de Mao dentro del Partido. En el transcurso de la Larga Marcha, Chang intentó

RECENSIONES

varias veces arrebatar a Mao la jefatura. Otro peligroso rival de Mao era Chu En-lai, el más versátil e intrigante de todos los jefes rojos. No tenía el más mínimo parecido con Mao Tse-tung en cuanto a aspecto físico, orígenes, formación ni modo de ser. Procedente de una familia de mandarines, había iniciado su carrera en el movimiento comunista con la volubilidad y talento para la intriga propios de sus antepasados. Pertenecía a la clase media urbana. Su niñez había transcurrido en Mukden y Tientsin, el gran puerto comercial del Norte. Después de graduarse en una escuela de enseñanza media de estilo occidental, había estudiado en el Japón, Gran Bretaña, Alemania y Francia, y era cofundador de la rama de París del Partido Comunista chino. A su regreso a China, en 1924, le había sido inmediatamente otorgado un alto puesto—el de secretario del Partido en la provincia de Kwantung—y además le habían nombrado comisario jefe del Departamento Político de la Academia Militar de Whampoa durante la alianza con el Kuomintang. Desde 1927 había sido siempre miembro del Politburó chino. Con su gran ingenio para la supervivencia política, siempre se las había arreglado para conservar su posición cada vez que el jefe del Partido era depuesto, aunque al parecer sirviera fielmente a todos ellos. En 1930 había tenido que confesar su «corrompido y cobarde oportunismo» ante el pleno del Comité Central, pero nuevamente le había sido asignado un alto cargo en el Partido. Desde 1931 era el representante del Comité Central en la base soviética de Mao, y durante los primeros meses de la Larga Marcha, en su calidad de jefe del Departamento de Asuntos Militares del Partido, había tratado de separar a Mao de la dirección del Ejército Rojo. En 1932 había arrebatado a Mao el cargo de comisario político del Primer Ejército.

Nunca, en rigor, fueron buenas las relaciones de Mao con Stalin y buena prueba de ello es que, efectivamente, «Mao enfureció a Stalin, en 1940, cuando publicó el nuevo programa de los comunistas chinos, el plan teórico del próximo período, llamado *Sobre la nueva democracia*. En él, Mao ponía en guardia a sus seguidores contra una "absorción formalista de ejemplos extranjeros..." "Los comunistas chinos deben unirse completa y correctamente a la verdad universal del marxismo con la práctica específica de la revolución china..." "El marxismo debe estar integrado con las características de cada nación y recibir una forma nacional definida." Durante todo el período 1939-1945 continuó la actuación anterior. El Kuomintang de Chiang luchó contra los ejércitos de Mao y contra sus partisanos antijaponeses, en los territorios ocupados por el Japón; y la Rusia de Stalin siguió ayudando a Chiang Kai-shek».

¿Quién es, pues, Mao...? Para el autor de estas páginas, ciertamente una figura excepcional que rebosa infinita paciencia, y, además, en sus propias palabras tenemos la mejor de todas cuantas descripciones puedan efectuarse sobre su carácter: «Si queréis que las masas os comprendan y deseáis compenetraros con ellas, habéis de estar dispuestos a soportar un largo e incluso doloroso proceso de remoldeo. A este propósito debo citar la transformación de mis propios sentimientos. Empecé siendo estudiante y adquirí en la escuela los hábitos del estudiante; entre una muchedumbre de estudiantes que no podían cargar nada por sí mismos, me acostumbré a considerar indignos los trabajos manuales, tales como llevar mi propio equipaje. En aquel tiempo me parecía que los intelectuales eran las únicas personas limpias del mundo y, comparados con ellos, los obreros y campesinos me parecían sucios. No me importaba ponerme las ropas

RECENSIONES

de otros intelectuales porque pensaba que estaban limpias, pero no me hubiera puesto las de un obrero porque tenía la sensación de que estaban sucias. Al convertirme en un revolucionario, me encontré en la misma situación que los obreros, campesinos y soldados del ejército revolucionario, y gradualmente fui familiarizándome con ellos y ellos conmigo. Entonces, y sólo entonces, se operó un cambio fundamental en los despreciables sentimientos burgueses que me habían inculcado las escuelas burguesas. Comprendí que, comparados con los obreros y campesinos, eran los intelectuales no remoldeados quienes no estaban limpios, mientras que los obreros y campesinos eran, después de todo, las personas más limpias, mucho más que los intelectuales burgueses, aunque sus manos estuviesen tiznadas y sus pies cubiertos de estiércol de vaca. Esto es lo que ha de entenderse por transformación de los sentimientos propios: cambiar los de una clase por los de otra. Si nuestros artistas y escritores de la *intelligenzia* quieren que sus obras sean celebradas por las masas, deben transformar y remodelar sus ideas y sentimientos. Sin esta transformación y remodelo no podrán hacer nada bueno y estarán mal adaptados para cualquier clase de trabajo.»

El autor de estas páginas, circunstancia perfectamente dispensable, no logra ocultar la admiración que la personalidad de Mao le suscita. Por eso mismo, tratando de hacer *justicia histórica*, afirma que «a causa del odio o la adulación que su personalidad provocaba—y sigue provocando—, Mao ha sido probablemente la persona acerca de la cual se cometen los mayores y más numerosos errores de apreciación en todo el mundo». De todas formas, concluye, nadie ha cometido más graves errores con Mao que el propio Stalin: «La jefatura del Partido de Mao no había tenido ningún contacto oficial con el Partido Comunista soviético desde 1935. En 1948, Stalin no estaba todavía decidido a reconocer la jefatura de Mao como la de los comunistas chinos. Todavía esperaba poder reemplazar a Mao con algún comunista chino *moscovita*. Esta vez cursó una invitación semioficial al Gobierno de Mao para que enviase un representante a Moscú a fin de sostener conversaciones preliminares con el Gobierno soviético. Mao envió a Liu Shao-chi, que era un marxista chino tan fanático como él. En Moscú, Stalin trató de convencer a Liu de la imposibilidad de aspirar directamente a una victoria total. Por otra parte, la continuación de la guerra de guerrillas debilitaría más aún a América, lo cual redundaría en beneficio del campo comunista y, en definitiva, del Partido chino. No obstante, en una conferencia celebrada en julio de 1948 en el Hopei meridional, Mao y sus colegas decidieron, por el contrario, proseguir la ofensiva estratégica. En la sitiada ciudad de Mukden, Chiang tenía un bien pertrechado ejército de más de 100.000 hombres y estaba pronto a enviar sus mejores divisiones blindadas del sur de Manchuria para levantar el cerco. Ambas fuerzas fueron prontamente barridas. En la segunda mitad de 1948, Chiang perdió 25 divisiones equipadas por los Estados Unidos y otras 30 divisiones más. El ejército popular de Mao capturó más de 200.000 fusiles americanos y un número proporcionalmente elevado de otras armas y vehículos militares. Stalin no disimuló su ira al ver que su consejo no era seguido. No podía tolerar la existencia de regímenes comunistas desobedientes. Después de las grandes victorias de Mao, la URSS tomó la iniciativa de prorrogar por dos años más su pacto de no agresión con el Kuomintang. Los triunfos obtenidos por los ejércitos rojos chinos en otoño de 1948 apenas si fueron mencionados en la prensa soviética, y en noviembre

del mismo año—aniversario de la revolución rusa—Molotov causó la sensación en los sectores comunistas cuando, hablando extensamente del desarrollo de los "movimientos de liberación" en Asia, no dedicó una sola frase a los éxitos de los comunistas chinos.»

Lo que difícilmente, en el futuro, se le podrá achacar a Mao es el haber sido un estratega despreocupado. Siempre y, por supuesto, en todo momento ha tenido soluciones para cuantos problemas sociopolíticos se le han planteado. «Así, por ejemplo, en 1950—escribe el autor de las páginas que motivan nuestro comentario—, cuando Mao Tse-tung y su puñado de colegas emprendieron el remoldeo de China, tenían preparado ya su programa general para las décadas siguientes. Sus declaraciones y actos desde 1936 a 1949 evidencian que, tras la ascensión al poder, preveían un período de transición para la completa transformación socialista más corto que el de su modelo soviético, a pesar de que en 1949 China estaba mucho más atrasada en todos los aspectos que la Rusia de 1917. Los acontecimientos del período 1950-1960 demuestran que, en su gran prisa e impaciencia, prescindieron incluso de sus propios planes superambiciosos y emplearon la violencia para acelerar las diversas fases de transición. Estaban impacientes por construir una China poderosa, con un ejército bien equipado, sólidamente basada en su propia industria pesada, y con una población curtida y disciplinada. También estaban impacientes por demostrar que eran auténticos comunistas y que el camino de Mao Tse-tung era el adecuado para los comunistas del mundo de color. Y así como las campañas de exterminio de Chiang Kai-shek les habían obligado a confiar enteramente en la gente del campo, durante los diez años siguientes su aislamiento internacional iba a obligarles a no tener más lazos internacionales que con la órbita soviética y con los revolucionarios del mundo de color. En el plano internacional, los pueblos de color habían de desempeñar en el pensamiento de Mao el mismo papel que los campesinos habían desempeñado durante los años anteriores.»

Se le puede, eso sí, acusar a Mao Tse-tung de ser un espíritu radicalmente dinámico: siempre ha querido superar etapas, batir cualquier límite, cumplir inmediatamente lo iniciado. Mao, nos dice el autor, ha querido crear el orden en un día. Para conseguir la realización de sus propósitos no le ha importado grandemente el imitar, dentro de lo que cabe, las posturas adoptadas por otros líderes. Justamente, en todo lo posible, copiaba los métodos de Lenin y Stalin. Convencido como estaba de disponer de mayor poder y apoyo popular que los que Lenin tuviera al principio, se proponía condensar decenios de desarrollo soviético en otros tantos años. Por eso mismo las campañas contra la familia china tradicional, contra las diversas sectas religiosas, contra el «sentimentalismo» y el individualismo, contra las aspiraciones particulares, los lazos personales, la vida privada, etc., tenían por objeto destruir todas las bases públicas y privadas de resistencia al inexorable impulso productivo. Las gentes tenían que ser transformadas en máquinas humanas completamente condicionadas, tan parecidas como posible fuera a los insectos biológicamente condicionados, como las hormigas o las abejas. En aquel vasto país, donde el déspota o «señor de la guerra» regional no era una excepción a la regla, Mao tenía que crear la unidad y un poder centralizado en manos de su Politburó. Todo esto lo había logrado en gran parte durante los dos primeros años, pero sólo una nueva ola de terror le había permitido consolidar su dominio en Manchuria. El terror, pues, era un método táctico. En un principio, Mao y sus asociados no pretendían que el terror

RECENSIONES

fuese desmesurado. Y ello no por consideraciones morales (esto significaría acusarlos injustamente de «sensiblería» burguesa), sino porque una carnicería sin discriminación podía perjudicar la eficacia de la producción. Que el terror sobrepase todos los límites durante el año 1961 era algo intrínseco a la naturaleza del sistema e ideología del Partido. En 1953 Mao disminuyó la presión, al hacerse evidente que sus excesos perjudicaban la productividad.

Mao, en definitiva, ha sido maestro de maestros en el arte de la estrategia sociopolítica, y dentro del marco de esa estrategia cabe el considerar, desde luego, su célebre *slogan* de las *Cien Flores*: «El procedimiento práctico de "dejar competir a las diversas escuelas" es el procedimiento ideológico de remoldeo de los intelectuales. A través de la discusión... puede llegarse a una perspectiva correcta, permitiendo así ver la verdad a los que todavía mantienen puntos de vista idealistas.»

No es de extrañar, nos dice el autor de este libro, que los intelectuales chinos no se atreviesen a discutir y que las masas del pueblo se mostrasen reacias a *floreecer*. De todos modos, las críticas expuestas por los comunistas evidenciaron a Mao y a sus asociados la necesidad de rectificar algunos de los métodos de gobierno. El *slogan* maoísta de «dejad que florezcan cien flores, dejad que cien escuelas del pensamiento compitan entre sí», produjo, sin embargo, un gran efecto en la Unión Soviética y sus satélites de la Europa oriental. El fermento intelectual alcanzaba allí su punto crítico cuando la consigna de Mao fue anunciada al mundo a finales de mayo de 1956. Inmediatamente fue considerada por los «escritores de la libertad» como prueba de que la más grande personalidad comunista viviente, Mao Tse-tung, era un insigne exponente de la campaña desestalinizadora.

Muchas y grandes cosas han acontecido en la vida de Mao Tse-tung. La más importante, sin embargo, parece ser la menos advertida, a saber: que el legendario caudillo ha pasado toda su vida esperando. Justamente, insinúa Paloczi Horvath, cuando esta crónica de su vida se cierra, en diciembre de 1971, el guerrero anciano (setenta y nueve años) está de nuevo solo con las masas y aún más con la historia. Esperando. A menudo ha dicho que no es un hombre complejo, sino verdaderamente muy sencillo. Cometió este error porque siempre ha considerado como algo inmutable su carácter excepcionalmente complejo. Desde su juventud, Mao ha demostrado fuerte inclinación hacia las virtudes del «filósofo-atleta». Sin embargo, durante toda su vida han transcurrido semanas y meses en los que ha vivido físicamente inactivo, como un monje intelectual, como un escritor que disfruta de la paz claustral de su estudio. Como filósofo-atleta, también se sentía ligado a las virtudes militares: buena salud, autodisciplina, frugalidad, confianza en sí mismo. Sin embargo, estas virtudes se acoplaban con el modo de vida no convencional de un poeta bohemio; con el disgusto por la burocracia y la romántica fe de un líder guerrillero en el fervor revolucionario de las masas. El monje intelectual nunca perdió de vista el fiero temperamento de los campesinos de Hunan, cuna de los revolucionarios chinos, que nunca dio al mundo un revolucionario más obsesionado que este hombre de rica vida interior y (a veces) con la sensibilidad del poeta clásico. Estos, y todos los demás elementos contrastantes del modo de ser de Mao Tse-tung, han dejado su sello en cincuenta años de historia de China y del mundo. Su extrema tenacidad, sus virtudes y defectos y su ideología revolucionaria han transformado

RECENSIONES

a China más allá de lo imaginable y han iniciado algo parecido a un renacimiento religioso en forma de un nuevo puritanismo revolucionario.

Ciertas son, por lo tanto, las palabras finales del autor de este libro: «Como poeta entre los dictadores, como filósofo entre los señores feudales, como moralista entre los estadistas, Mao es, ante todo, hijo de la China milenaria. No debe ni puede ser juzgado por suposiciones occidentales referentes al papel del sabio o al efecto de la filosofía moral en la existencia de una nación.»

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

RAYMOND PROCTOR: *Agonía de un neutral (las relaciones hispano-alemanas durante la segunda guerra mundial y la División Azul)*. Editora Nacional, Madrid, 1972, 354 páginas. Col. «Relaciones Internacionales».

Con este libro Editora Nacional inaugura una colección de «Relaciones Internacionales». Ya era hora. Y, además, la inaugura bien. El libro se ha publicado antes en español que en inglés, que es de suponer que es como lo escribió su autor, profesor de Historia de la Universidad de Idaho (Estados Unidos). El libro es interesante en ciertos puntos importantes (incluso más para comprender aspectos de la política interna española, hasta con nombres y apellidos, que de la exterior). Su mejor mérito es de presentar reunidas en un libro cosas que están publicadas, pero dispersas, en otros libros, incluso españoles o traducidos al español.

El autor opera con fuentes directas o indirectas en lo que al extranjero refiere, mientras que las fuentes oficiales españolas siguen tan impenetrables como siempre (me refiero en asuntos exteriores), si bien en esta ocasión los archivos que militarmente afectan a la División Azul han sido puestos a completa disposición del autor. Y se nota, desde luego, teniendo en cuenta los niveles en que nos movíamos hasta ahora.

En lo que a la División Azul se refiere, el lector medio y más que medio puede estar satisfecho. Si los divisionarios lo estarán es más dudoso. Pero, al fin y al cabo, las retaguardias no estaban cubiertas por divisionarios. De los dieciocho capítulos de que consta, el libro dedica los tres primeros a la guerra española y a las aventuras hitle- rianas por Europa, que llevan a la guerra. Los cuatro siguientes son el estallido de la guerra mundial, con los consabidos platos fuertes: llegada de los alemanes a la frontera, Hendaya y Canaris. Sí, Canaris, el almirante, hombre clave del espionaje germano, con sus reiterados viajes a España. Es la primera vez que leo algo en castellano, al menos en castellano publicado en España, sobre el papel de dicho hombre-clave en España, y se desprende que fue quien aconsejó ganar tiempo a España y después mantenerse firme en sus trece, porque ya Hitler tenía otras intenciones en dirección al Este. El autor, que apenas afirma nada sin atrincherarse en el adecuado—o menos adecuado, pero disponible—documento, una y otra vez se interesa sobre tantas idas y venidas. El otro cabo del hilo está en el general Vigón, personaje que ha pasado un tanto inadvertido y que, sin embargo, fue eje de tantas cosas. En medio o en alguna parte, siempre el decisivo factor Franco. Pero al autor se le escapa algo, a mi entender decisivo. ¿Cobró la viuda del colgado almirante Canaris una pensión del Estado español o no la cobró?

RECENSIONES

Y si la cobró, esto no se concede por nada. Y si el testimonio de Muñoz Grandes sirve de algo, sabríamos por qué podía cobrarla. Lo mismo ocurre con un Von Papen, conocido por lo común como un personaje de la «Operación Cicerón», pero en realidad fue el hombre que en su digamos inocente cretinismo catapultó como nadie a Hitler al poder. También Von Papen fue pensionado como «camarero secreto» de su santidad, porque Von Papen fue, no se olvide, el gran cacique del *Zentrum*.

Si había germanófilos entre los vencedores de la guerra de España (con variantes italianófilas, que viene a ser lo mismo para el caso) y anglófilos (que normalmente eran los elegantes), el común denominador era antirruso (identificado entonces como anticomunismo, si bien a la Alemania vencida no se la identificó con el nazismo). Por eso el «¡Rusia es culpable!» de Serrano Suñer, el aparente omnipotente de la época *en la época* (y cuya segunda parte de sus *Memorias* todavía esperamos), sentó radiantemente, incluyendo a ciertos vencidos que habían recibido el palo soviético. España habilitó la División Azul: un gran rasgo con el mínimo precio, la sintetizaría Carceller. La historia diplomática (y de política interna española) de esta unidad, que se transformó en «Legión Azul» a los dos años y que, repatriada obligatoriamente ésta, algunas docenas de sus componentes se quedaron por su cuenta y riesgo, aun a sabiendas de perder la nacionalidad, se narra convincentemente. Lo mismo que la aventura de algunos cientos que cruzaron clandestinamente los Pirineos (cuando eludían los disparos de la vigilancia española) y que se localizaron finalmente en la defensa de la Cancillería del Reich.

Se aprecian ciertas lindezas e irreverencias en el libro, sobre todo las aportadas por ciertos pasajes del *Diario* de Goebbels, sino que cuando entra en juego el factor División Azul (cuyas actuaciones meramente militares también se esbozan con amplitud) desaparecen en realidad los demás aspectos de la política hispano-alemana. Todavía por 1942 los alemanes pensaron en más de una ocasión en entrar en España, y en 1943 tenían planes concretos de taponar los Pirineos por el otro lado, tomando puertos mediterráneos y cantábricos en caso de desembarco anglosajón por la península. Claro que puede aducirse que esto eran planes y no «relaciones», pero relaciones son el largo y constante factor volframio y ni siquiera se menciona, excepto de paso. El volframio fue vital para los alemanes. Fue posiblemente la gran palanca de trueque por la División Azul y luego de la Legión (que apenas hizo fuego unas semanas), y fue el volframio que permitió a España recibir armamento alemán cuando más urgente Alemania estaba de él.

Un episodio me ha descorazonado, desilusionado. Sabíamos por el conde Ciano que cuando a miles de divisionarios españoles los llevaron a descansar a retaguardia, de pronto recibieron orden prohibitiva de tener intimidades con mujeres polacas (ni arias ni latinas); así que usaron el preservativo para la boca del fusil y así desfilaron por la ciudad. Ahora resulta que todos los divisionarios con que el autor se entrevistó ignoran el hecho. Luego quiere decir que la cosa no es cierta. Y es explicable. Los capellanes también montaban la guardia. Digo yo.

Acompañan al final treinta páginas de notas, aparte las que se insertan a pie de página; siete mapas de operaciones militares de la División Azul, así como unos útiles gráficos de las temperaturas del frente que le correspondió (Voljov), con sus máximas y

RECENSIONES

mínimas, a lo largo de todo enero de 1942; igualmente, estadísticas de enfermedades respiratorias infecciosas y congelaciones en el sector español en el invierno de 1941-42. Ocho páginas de bibliografía, agrupada por documentos publicados, documentos inéditos, obras en español, memorias y diarios, obras históricas en general y artículos, revistas y diarios (*Madrid* es el único diario español incluido y es de suponer que consultado).

TOMÁS MESTRE

GIUSEPPE SCHIAVONE: *Gli scambi Est-Ovest. Problemi e prospettive*. Padova, 1971, Pubblicazioni della Società Italiana per l'Organizzazione Internazionale, 240 pp.

Desde el fin de la segunda guerra mundial, y especialmente desde el comienzo de la década de los sesenta, el comercio internacional crece a ritmo acelerado. Dentro del contexto general, sin embargo, las relaciones económicas entre los dos grandes grupos de países —el occidental y el socialista— continúan siendo de pequeña importancia. La necesidad de ampliar los intercambios comerciales entre los dos bloques se ve acentuada, a juicio del autor de este trabajo, tanto por la tendencia general de desarrollo del comercio internacional como por las modificaciones operadas, en los años sesenta, en los métodos de planificación de algunos países del Este. Y se propone analizar los obstáculos que se oponen a la deseable normalización de relaciones entre dos sistemas económicos opuestos, así como las posibilidades de superación de tales problemas.

Comienza Schiavone por definir el comercio entre ambos bloques como comercio entre economías planificadas y economías de mercado, considerando que existe cierta homogeneidad entre los países que pertenecen a un mismo bloque, a pesar de las diferencias que puedan existir entre ellos, y explica las características de cada uno de estos sistemas. Seguidamente pasa a ocuparse de lo que es y ha sido, en su evolución histórica, el «comercio de Estado». Se analizan a continuación los problemas de la regulación internacional de intercambios entre el bloque occidental y el del Este y, finalmente, se pasa revista al papel que las organizaciones internacionales de cooperación económica (socialistas y occidentales, de ámbito universal y de ámbito regional) han jugado en el desarrollo del comercio de Estado en general y a los pasos que se han dado dentro de estas organizaciones —aunque sin resultado positivo— hacia una eliminación de los problemas que enrarecen las relaciones entre los dos bloques.

A lo largo de toda la obra se insiste en que el bilateralismo que rige las relaciones económicas Este-Oeste es el principal obstáculo a superar para conseguir el deseado incremento de relaciones entre los dos grandes bloques, tan necesario tanto para su propia prosperidad como para la de los países en vías de desarrollo. La meta a alcanzar será la de una pronta y profunda reestructuración de las relaciones en sentido multilateral.

Nos encontramos ante un trabajo claro, de fácil lectura. Echamos de menos un desarrollo de algunos de los puntos que sólo se tocan (por ejemplo, el de los problemas de las relaciones económicas entre países europeos de cada uno de los bloques, que se deben a las diferentes políticas de cooperación seguidas en sus respectivas organizacio-

RECENSIONES

nes—el COMECON, de un lado; la CEE y la EFTA, de otro—), pero comprendemos que no es fácil extenderse en ellos dentro de un espacio necesariamente limitado. El autor, además, nos ofrece una amplia bibliografía sobre los temas tratados (aunque gran parte de esta bibliografía será, tememos, de difícil consulta para el lector español). Podemos, en fin, calificar de valiosa la aportación que supone este estudio para el análisis e intento de superación de los problemas de que se ocupa.

MARÍA J. TRIVIÑO

CALIXTO ARMAS BAREA: *Temas de Derecho internacional público*. Rosario, 1970, 2 volúmenes, 558 pp.

La obra del insigne internacionalista argentino Armas Barea es una compilación de estudios realizados por el autor a lo largo de varios años. Al unir todos estos trabajos se propone facilitar la tarea del estudioso del Derecho internacional. En lugar de seguir un orden cronológico, el autor ha ordenado los artículos de forma que sigan el plan más lógico de un libro de texto de esta materia. A lo largo de toda la obra, el escritor examina con especial atención la posición argentina dentro de la comunidad internacional.

El trabajo consta de dos volúmenes. En el primero empieza por examinar la problemática de los tratados, la navegación de buques extranjeros por aguas territoriales, haciendo un especial hincapié en un posible proyecto de ley relativo a la soberanía argentina en espacios marítimos. Pasa a estudiar seguidamente los órganos de las relaciones internacionales, funcionarios, prerrogativas, etc., desde sus orígenes históricos hasta nuestros días, estudiando de una manera más extensa el nuevo Reglamento Consular argentino de 1963 para adecuar su derecho en esta materia, incorporando las recientes resoluciones a un mismo texto con ánimo de conseguir un cuerpo orgánico y actualizado.

En el segundo volumen se repasan los medios de solución pacífica de controversias interestatales, haciendo una relación de los casos en que Argentina recurrió al arbitraje o actuó como árbitro. Seguidamente pasa a examinar la creación, historia, estructura, financiación y miembros de las organizaciones internacionales de alcance universal, así como de los organismos especializados dentro de las Naciones Unidas, y sobre todo se detiene el profesor Barea en las organizaciones internacionales de alcance regional. Dentro de éstas, el autor se ocupa con especial atención de las organizaciones interamericanas, del papel de Argentina dentro de ellas, refiriéndose a la OEA como prototipo y culminación de todas estas organizaciones.

La obra resulta de fácil lectura, incluso para aquellos que acaban de iniciarse en el tema. Al final de cada capítulo se ofrece una amplia bibliografía, muy útil para quienes sientan interés por ampliar el estudio de una materia que por su amplitud no puede desarrollarse en un tratado.

El objetivo que lleva al profesor Armas Barea a la publicación de estos trabajos (facilitar la comprensión de los problemas de Derecho internacional, sobre todo a escala docente) está completamente realizado. En ellos se ha alcanzado un importante grado de sistematización y de comprensión, fundamental, sobre todo, para quienes comienzan a adentrarse en las cuestiones del Derecho internacional público.

NINA SANCHEZ

RECENSIONES

MAX WEBER: *Ensayos de Sociología contemporánea*, Ediciones Martínez Roca, S. A., Barcelona, 1972, 546 pp.

Se trata de una selección de ensayos, pulcramente editada y del mayor interés, puesto que permite explorar el pensamiento de Max Weber, que tanta influencia logró en la sociedad alemana del último tercio del siglo XIX. La prodigiosa actividad intelectual de Weber se ejerció en los más diversos campos, comenzando por su labor docente en las Cátedras de Economía de las Universidades de Friburgo (1849) y Heidelberg (1896), hasta que una grave dolencia le incapacitara para proseguir su labor, encauzándole hacia la investigación de las ciencias sociales y políticas. De esta última faceta, que es la que primordialmente nos interesa, publicó, en 1906, dos importantes ensayos —*La situación de la democracia burguesa en Rusia y Transición de Rusia a un falso constitucionalismo*—, donde se advierte la profunda penetración de su pensamiento. El tomo que ahora llega a nuestras manos contiene otros seis ensayos de la misma naturaleza: *La política como vocación, Estructuras de poder, Clase, status, partido, Burocracia, La sociología de la autoridad carismática y Significado de la disciplina*, jugosos y pletóricos de sugerencias.

Las conclusiones a que llega Weber, fallecido en 1920, conservan plena vigencia en muchos aspectos, pese a los cambios radicales verificados en las estructuras políticas. Véase, por ejemplo, el capítulo dedicado a «prestigio y poder de las grandes potencias» y podrá comprobarse que es prácticamente aplicable a la situación previa a la II Guerra Mundial y a la tensión bipolar generada durante la postguerra, «puesto que toda gran comunidad política es, en potencia, un aspirante al prestigio y una amenaza para todos sus vecinos, la gran comunidad política se halla latente y constantemente en peligro por la simple razón de ser grande y fuerte. Por último, en virtud de una 'dinámica de poder' inevitable, siempre que surgen reivindicaciones de prestigio —y ello, normalmente, es consecuencia de un agudo peligro político para la paz—, éstas desafían y provocan la competencia de todos los demás posibles depositarios de prestigio» (p. 197).

Weber, partiendo de su agudo sentido de observación de los hechos y de las realidades socio-políticas, se atreve a establecer previsiones para el futuro que ha confirmado plenamente el curso del tiempo, por lo menos en sus líneas sustanciales. Esto sucede cuando pronostica el desastre alemán de la I Guerra Mundial. H. H. Gerth y C. Wright, en la introducción a esta obra, aluden a ello: «En cuanto a la adquisición de colonias, los discursos militaristas del Kaiser y la grandeza imperial, Weber sólo abrigaba por éstas el desprecio del experto que sabía que se trataba de insensateces inútiles: 'es peligroso y, a la larga, irreconciliable con los intereses de la nación que el poder político esté en manos de una clase económicamente decadente. Aún es más peligroso que aquellas clases a las que se está transfiriendo el poder económico y, por lo tanto, el derecho a la autoridad política se muestren políticamente poco preparadas para dirigir el Estado. Ambos problemas acosan a Alemania en estos momentos, y, a decir verdad, constituyen la clave del peligro actual de nuestra situación'. ¿Cuál era esta situación peligrosa? La política exterior alemana estaba sufriendo una reorien-

RECENSIONES

tación: no se renovó el tratado de Bismarck con Rusia, no se aprovechó la oportunidad de una alianza con Gran Bretaña y el resultado fue una política de deriva no planificada. Esta política, cubierta de fanfarronadas y baladronadas del Kaiser, condujo al aislamiento político de Alemania. Las capas dominantes de la nación no deseaban orientarla ni hacia Occidente ni hacia Oriente. En consecuencia, la política alemana estaba dirigida erróneamente contra todos, y una serie de derrotas se encubrían con alardes de poder.» Pero Weber, es, en último término, una personalidad contradictoria, en la que coexisten puntos de vista y anhelos muy diversos. Los dos citados profesores norteamericanos hacen resaltar este aspecto: «Durante la guerra, Weber se opuso a la anexión de Bélgica, pero ello no significa que no albergase aspiraciones imperialistas. Clamó en favor de la creación de 'bases militares' en puntos tan apartados como Varsovia y al norte de esta ciudad. Y durante veinte años estuvo deseando que el ejército alemán ocupase Lieja y Namur. En octubre de 1915 escribió: 'cada victoria nos aleja más de la paz. En ello radica la singularidad de la situación'. Perdió los estribos cuando Austria permitió la ruptura con Italia. 'Se está hundiendo toda la política exterior de los pasados veinte años, y haberlo previsto siempre no me produce gran satisfacción. Ahora la guerra puede eternizarse.' Escribió un memorándum dirigido al Gobierno y a los miembros del Parlamento alemán, pero éste nunca salió de su despacho. En él figuran declaraciones como ésta: 'Es contrario a los intereses de Alemania imponer una paz cuya primera consecuencia sería pisar los callos de toda Europa con la bota alemana.' Comprendía que una prolongación estéril de la guerra otorgaría a Norteamérica la supremacía industrial internacional...»

A través de los ensayos recogidos en este volumen puede observarse cómo Weber supo perfilar los rasgos básicos de la actual sociedad, que, siendo muy distinta de aquella en que se desarrolló, pudo estimar mediante un acertado análisis de las tendencias. Algunas de sus conclusiones suponen una genial anticipación, como la que se refiere al porvenir del socialismo, formulada cuando aún no había comenzado la revolución bolchevique y cuyo acertado diagnóstico se está confirmando ahora: «Weber opone el concepto de burocracia racional al concepto marxista de lucha de clases. Con la 'lucha de clases' ocurre lo mismo que con el 'materialismo económico': Weber no niega la lucha de clases y su intervención en la historia, pero no la considera la dinámica central. Tampoco niega la posibilidad de una socialización de los medios de producción. Simplemente relega este requisito a un futuro muy distante y pone en cuestión toda esperanza de 'socialismo para nuestra época'. El socialismo no le atrae en absoluto. En su opinión, el socialismo sólo completaría en el orden económico, lo que se había producido en la esfera de los medios políticos. Los señores feudales habían sido expropiados de sus medios políticos y habían sido desplazados por los funcionarios asalariados del Estado burocrático moderno. El Estado había 'nacionalizado' la posesión de armas y medios administrativos. La socialización de los medios de producción sólo sometería a la administración burocrática del Estado una vida económica aún relativamente autónoma. Entonces el Estado sería realmente total, y Weber, quien odiaba la burocracia que encadenaba al individuo liberal, consideraba, por tanto, que el socialismo sólo acarrearía una mayor sevidumbre. 'De momento —escribió— no se vislumbra la dictadura del obrero, sino la del funcionario'» (Gerth y Wright, pá-

RECENSIONES

ginas 65-66.) Y esto es lo que ha sucedido en la Unión Soviética y los restantes países del bloque socialista, en los cuales se advierte, cada vez con mayor precisión, el papel decisivo del aparato burocrático de los funcionarios del partido y, en menor escala, del Estado. «El funcionario elegido deriva su posición de poderosos hombres de partido que también determinan su futura carrera» (p. 247). Y esto es lo que estamos comprobando exactamente en la realidad cotidiana del Kremlin. Y junto a ello, el papel creciente de la especialización: «La burocratización ofrece sobre todo la posibilidad óptima de poner en práctica el principio de especializar las funciones administrativas de acuerdo con consideraciones puramente objetivas» (p. 264). Weber siempre emplea concepciones generalizadas, a fin de comprender la sociedad como sujeto de regularidades legítimas y, puesto que no aceptaba la imagen del burócrata como heraldo de libertad, presentía una reducción del campo de libertad responsable. Su pesimismo sobre la libertad política y económica no ha dejado de tener plena confirmación en nuestros días. Por ello la lectura de este apasionante volumen está plena de sugerencias.

JULIO COLA ALBERICH